



5. COTIDIANIDAD DE UN GRUPO DE MUJERES COLOMBIANAS CABEZAS DE FAMILIA COMO FUENTE EN LA PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTOS SITUADOS Y DE-COLONIALES

Ángela María Díaz Pérez

Universidad de Valencia

angela-diazperez@hotmail.com

Resumen

Acercarse a la comprensión de la cotidianidad de las familias monomarentales en situación de extrema pobreza en Colombia, requiere el análisis de realidades invisibilizadas por la violencia estructural constantemente fortalecida desde las políticas estatales. Tendremos especialmente en cuenta las particularidades generadas por el conflicto social, político y armado en la vida de estas familias. En esa búsqueda por integrar los conocimientos aportados por las mujeres con sus narrativas y algunos conceptos desarrollados desde la teoría crítica feminista y el grupo modernidad/colonialidad – decolonialidad, surge la que denomino militancia epistémica/académica como herramienta para la reinterpretación de su cotidianidad como cabezas de hogar. Frente a la representación existente de éstas mujeres en el imaginario social como víctimas pasivas y débiles, se visibilizarán algunas de las estrategias de sobrevivencia evitando así su re-victimización y poniendo de manifiesto el carácter estructural de su vulnerabilidad. En Colombia, son las mujeres las que lideran la resistencia pacífica, por tanto, son valiosas agentes de cambio social, desafiando tanto los roles tradicionales de género como al propio sistema que las oprime.

Palabras clave: Monomarentalidad, colonialidad, decolonialidad.

Abstract

To approach to the daily happenings of the one parent –mother- families living in extreme poverty in Colombia, requires the analysis of the realities that are invisible because of the structural violence constantly strengthened by public policies. We shall pay special attention to the aspects generated from social, politic and armed conflict in these family's life. In such search for integrating the knowledge provided by women whit their narratives and some concepts developed from the feminist critic theory and the modernity/coloniality research group, from here results what we call epistemic/academic militancy as a tool to re-interpretation of their daily lives as mothers hed of households. On the face of the existing representation of these women in the social imaginary as passive and weak victims, some of the survival strategies will be visible thus preventing their re-victimization making clear the structural nature of their vulnerability. As well, we will, highlight the role these women have in Colombia as leaders of community processes of pacific resistance and how through their daily lives, they become into valuable agents of social change, challenging both the traditional gender roles and the system itself that oppresses them.

Keywords: One parent families, coloniality, decoloniality.

1. Introducción: situando conocimientos

Cuando Chandra Tapalde Mohanti (1984) en su artículo *"Bajo los ojos de occidente: academia feminista y discursos coloniales"*, llamaba la atención de las feministas occidentales en relación a la construcción homogeneizadora que algunos de sus discursos realizaban de las "mujeres del tercer mundo" y a como dichos discursos constituían una forma más de colonizar la vida de las mujeres; quizás no imaginó que diez años después, una estudiante de Antropología de un país de ese sur ideológico, no hubiese tenido aún acceso a sus escritos y siguiese haciéndose preguntas similares.

La causa que genera esa ruptura de la comunicación entre investigaciones, ideas y discursos subalternos radica en el control de saberes. La elección acerca de cuáles de ellos se reproducen o difunden se ha constituido en una de las principales estrategias de control de la población por parte del poder globalizado. Un poder que en este caso está representado por el imperialismo/capitalismo y que depende del mantenimiento de dicho control, especialmente, sobre aquella parte de la población más oprimida que se encarga de sustentar y reproducir su propio sistema de dominación.

Ese silenciamiento de otras representaciones sociales se debe, en buena medida, a que estas formas alternativas de producción de conocimientos tienen la capacidad de poner de manifiesto debilidades concretas de los paradigmas tradicionales de la ciencia occidental. Cuestionando abiertamente su euro-centrismo del que deriva su ineficacia para analizar y explicar contextos socio-históricamente distintos al de enunciación, perdiendo así su potencial emancipador.

Para comprender por qué dicha maquinaria de opresión es mantenida en el tiempo y perpetuada por quienes sufren su dominación, haremos referencia al concepto de *Colonialidad* (Quijano, 2000)⁵ y sus consecuencias directas en el diario devenir de nuestra sociedad. La *Colonialidad* es definida como el proceso generado después de la descolonización y que tiene una permanencia en el tiempo, siendo aquello que posibilita el mantenimiento de las estructuras de poder una vez descolonizados los territorios.

Lo mencionado anteriormente, es posible porque en nuestros imaginarios ha quedado establecida la “naturalización de jerarquías territoriales, raciales, culturales y epistémicas, posibilitando la re-producción de las relaciones de dominación” (Restrepo y Rojas, 2010: 15). Al interior de dichas jerarquías encontramos un concepto de familia único, delimitado por los valores hetero/patriarcales de la religión católica y cuyo funcionamiento ha sido posible gracias a la dicotomización de la sociedad y a la división de roles en función del género. Poniendo de manifiesto que el universo simbólico desde el que opera nuestra subjetividad, está sujeto al control del *Sistema Globalizado de Poder* (Grosfogel, 2006) moderno/colonial/capitalista/patriarcal.

Si partimos de ese modelo de familia dominante arraigado socio-culturalmente, podemos comenzar a comprender porque las familias monomarentales son en sí mismas una contradicción dentro del sistema que las oprime. En esta investigación participó un grupo de diez mujeres cabeza de familia colombianas, todas ellas pertenecientes a los estratos más pobres de la población. A partir de sus historias se cuestionan los imaginarios construidos en torno a ellas, observando cómo desde los conocimientos adquiridos a través de los roles tradicionales de género, producen estrategias tanto individuales como colectivas que les permiten la supervivencia; visibilizando a su vez, cómo operan las diferentes

5 Autor perteneciente a la colectividad de pensamiento Modernidad/colonialidad – Decolonialidad. Otros/as autores/as del grupo son: Arturo Escobar, Ramón Grosfogel, María Lugones, Aníbal Quijano, Walter Mignolo, Catherin Walsh, Santiago Castro-Gómez, Enrique Dussel.

dimensiones del poder en sus vidas y cómo crean resistencias frente a la opresión sistemática.

Las resistencias parten de la toma de conciencia de las relaciones de poder que nos oprimen y del conocimiento adquirido a consecuencia del desplazamiento en nuestra posición geo-localizada. Ésta se transforma a lo largo de nuestra vida permitiéndonos estar en constante re-significación. *La de-colonialidad* de nuestros saberes, supone reconocer nuestra identidad como fragmentos dialogantes que se configuran y transforman con cada desplazamiento físico y epistémico. Dicha configuración se realiza desde lo subalterno, desde los *conocimientos situados* (Haraway, 1995) de mujeres diversas que ponen en diálogo sus parcialidades, superando la visión universalizante de la mirada homologadora de la ciencia occidental.

Para comprender tanto el contexto como la cotidianidad de las familias monomarentales que participaron en esta investigación, he buscado una forma de fundamentación teórico-metodológica que refleje claramente el lugar desde el cual me pregunto acerca de las narrativas vitales de estas mujeres, así como, cuáles son nuestras conexiones parciales y cómo me sitúo en el trabajo desarrollado con ellas. Se trata con ello de evitar repetir esas posiciones que reproducen la idea de que una objetividad como la planteada por la ciencia positivista es posible. Es en esos espacios de intersección donde podemos dar lugar a conocimientos incluyentes que muestren realidades contemporáneas invisibilizadas. Aquellas realidades, que constituyen la otra cara de la moneda del desarrollo y la modernidad, entendida desde occidente. Esta búsqueda da lugar a lo que he denominado: *Militancia epistémica/académica*.

Es *militancia* ya que la elección de los temas, las teorías y las metodologías no las realizo al azar; éstas tienen el fin concreto de contribuir a la construcción de un proyecto que genere conocimientos cuya utilidad y aplicabilidad se adecue a espacios fronterizos, subalternos, que reconozcan las fisuras para el desarrollo de saberes decoloniales.

Incluyo igualmente la diferenciación entre epistémico y académico a fin de dar la misma relevancia a los conocimientos producidos fuera de entornos académicos, por ejemplo: los generados desde los movimientos sociales y las experiencias de las mujeres, y aquellos producidos por las ciencias sociales al interior de la academia buscando que la complementariedad entre éstos sea una herramienta de análisis y de transformación social.

Desplazo mis preguntas entre una posición privilegiada en el sur descolonizado -Colombia- y las vivencias en los márgenes del euro-centro -España-. Ese desplazamiento geo-localizado me ha permitido reconocer de forma consciente, las contradicciones frente a los roles tradicionales de género, así como, las múltiples conexiones parciales generadas desde mis identidades como: mujer emigrante e inmigrante, cabeza de familia, trabajadora de la economía formal/informal y antropóloga, entre otras. Determinando así, el modo en que me cuestiono e interactúo con otras parcialidades y buscando contribuir a que los conocimientos generados tengan la capacidad de ser críticos con las estructuras de poder global.

Para facilitar la comprensión del contexto en el que se encuentran estas familias, es necesario observar cómo está inserto en el sistema globalizado de poder. La mayoría de los países descolonizados -Colombia no es la excepción- son sobornados y sometidos a la explotación desmesurada del territorio y sus riquezas naturales en función de las necesidades y exigencias de quienes concentran el poder económico mundial. En este aspecto, el papel de las élites locales es fundamental ya que son las que facilitan un contexto adecuado para que dichas inversiones sean lo más rentables posible, a cambio de la posibilidad de mantener el poder y sus privilegios. Pero a nivel local, con frecuencia, esas inversiones traen consigo la cara oculta del mal entendido desarrollo o del neo-colonialismo aplicado desde occidente.

En Colombia, la consecuencia directa de la concentración del territorio en pocas manos, de la explotación indiscriminada de los recursos naturales y del abandono forzado de las zonas rurales -para utilización en agroindustria, minería y cultivos ilícitos- está relacionado con el deterioro de la calidad de vida de la población y el aumento constante de la violencia y la pobreza, bajo la mirada indiferente de una clase política cada vez más anquilosada y corrupta que cuenta con el respaldo de las clases acomodadas del país.

2. Vulnerabilidad estructural vs vulnerabilidad femenina

Gran parte de ese deterioro generado por anteponer el beneficio económico a la vida de las personas; recae de forma directa en las familias, pero las monomarentales sufren con mayor rigurosidad las consecuencias de la violencia estructural generada

por la colonialidad, dificultándoles la posibilidad de afrontar las exigencias del modelo de sociedad en el que vivimos. Esas dificultades agregadas no tienen que ver con las capacidades de las mujeres como tales, sino con las limitaciones sociales impuestas a partir de las estructuras coloniales con un modelo de familia universal, occidental, católica, heteropatriarcal y bajo el mando de un hombre blanco, burgués y heterosexual. Modelos que no se corresponden en nada con la realidad de estas mujeres.

Así, durante mucho tiempo se ha retrasado la apertura hacia modelos diversos de familia que se correspondan con la realidad existente y que han demostrado desde hace mucho ser igualmente viables, ya que desafían el modelo tradicional impuesto durante la colonización en nombre de la evangelización de la población y que se han visto reforzados por los preceptos tradicionales desarrollados desde el pensamiento hegemónico. En la actualidad los modelos de familia están marcados por la constante reconfiguración que sufre nuestra sociedad, en la que la monomarentalidad se constituye como una de las principales consecuencias de esos cambios. Esta situación se radicaliza cuando hablamos de contextos de conflicto armado, como lo es el de Colombia.

Al igual que en el resto de Latinoamérica, a partir de los años ochenta, el vertiginoso aumento en el número de familias monomarentales en Colombia se convirtió en un fenómeno transversal a pesar de ser una sociedad fuertemente estratificada. El aumento de este tipo de unidades familiares se ha presentado en diversa medida en todos los estratos pero no siempre con iguales causas y consecuencias; el nivel de pobreza, de formación o la diferencia en el ciclo vital las modifica radicalmente.

Es difícil lograr establecer el porcentaje exacto de hogares monomarentales en Colombia, debido principalmente al continuo desplazamiento forzado que sufre la población, especialmente desde las zonas rurales hacia los cascos urbanos y que no se encuentra debidamente registrada por parte de los organismos estatales. Según los datos de la encuesta de calidad de vida realizada por el Departamento Nacional de Estadística de Colombia (DANE), para el 2013 alrededor de un 37% de los hogares contaba con jefatura femenina. Esta información ha de ser matizada, ya que a causa de la complejidad geográfica del territorio colombiano y al continuo desplazamiento y desaparición forzada de la población, estas encuestas no logran reflejar la realidad en toda su complejidad.

Me parece fundamental realizar esta observación, por ejemplo, en el caso de las personas desplazadas internas por la violencia, el gobierno registra un número aproximado de tres millones de personas mientras los datos de la Pastoral Social para 2013 -importante entidad no gubernamental dedicada a la atención y registro de estos casos- denuncian un número cercano a los cinco millones de personas desplazadas por el recrudecimiento de la violencia. Si tomamos en cuenta que de estas personas el 78% son mujeres, niñas y niños y que además en la encuesta no se toman en cuenta los hogares con jefas económicas, sumando éstos y lo observado durante el trabajo de campo, me arriesgaría a afirmar que para 2015 prácticamente la mitad de los hogares colombianos tendrán como cabeza de familia una mujer.

Este ha sido un trabajo colaborativo con mujeres muy diversas, entre ellas, en la primera fase del proceso -que es en la que nos centraremos ahora- un grupo de diez mujeres cabeza de familia. Todas ellas entre los 22 y 64 años, procedentes de diversos puntos de la geografía colombiana y con una media comprendida entre 2 y 6 hijo/as. Sus niveles de formación son bajos, solo dos de ellas supera la educación primaria y todas están insertas en la economía informal, principalmente como empleadas domésticas y/o vendedoras ambulantes.

El grupo se formó con el criterio de ser incluyente respecto a la diversidad de mujeres de la muestra, ésta no es representativa a nivel cuantitativo debido al elevado porcentaje de familias monomarentales, pero si nos permite formarnos una imagen de la cotidianidad y características de estos grupos familiares. El proceso de conformación del grupo se realizó a partir de la aplicación de entrevistas semiestructuradas a 109 familias con un total de 408 integrantes en 92 hogares visitados. Un 60.7% mujeres y un 39,3% hombres. Estas familias residen en las zonas periféricas (o de invasión) ubicadas en los estratos cero a dos⁶ en las ciudades antes mencionadas.

Para hacernos una idea general de sus condiciones de vida podemos mencionar que en el 30% de las viviendas visitadas se encontraba más de un núcleo familiar. Muchas de ellas viven en condiciones de hacinamiento y las viviendas en su mayoría no cuentan con los servicios básicos, debido a que los cinturones de pobreza que se han generado alrededor de las grandes ciudades no hacen parte de

6 En Colombia actualmente, existe un sistema de estratificación social, mediante el cual se establecen subsidios, prestación de servicios públicos, coste del acceso a la educación, entre otros y que va desde el 0 refiriéndose a las condiciones de pobreza absoluta hasta el 7.

los planes de ordenamiento territorial, así que no tienen los servicios públicos (acueducto, alcantarillado, electricidad). Como dato significativo, solo un 12% de las viviendas contaban con un baño/aseo en las condiciones habituales de las zonas urbanas, teniendo repercusiones graves especialmente en la salud de los/as menores.

En referencia a los centros educativos, son escasos en estas zonas y los pocos centros públicos existentes están alejados lo que les dificulta el acceso, pues los recursos no siempre llegan para pagar el transporte público. A esto podemos sumar la inseguridad y violencia que se vive en estos barrios y que constituye una de las principales preocupaciones de éstas mujeres, ya que se ven obligadas a dejar solos a sus hijas/os muchas horas al día.

Es importante mencionar que inicialmente, mis preguntas estaban enfocadas exclusivamente a la inserción de las mujeres cabeza de familia en la economía informal como estrategia de supervivencia. Pero durante el proceso de realización de las entrevistas me encontré con una realidad mucho más acuciante: el desplazamiento forzado interno a causa de la violencia del conflicto, tomando una mayor relevancia ya que se constituye como una de las principales causas de la monomarentalidad.

Ya no se trataba por tanto de reflejar sus limitaciones en el acceso al mercado laboral, la falta de oportunidades para el acceso a la formación o la nula conciliación entre el mercado laboral y el ámbito familiar, entre otras consecuencias directas de la pérdida de derechos a raíz del establecimiento de medidas neoliberales en la economía colombiana, entre finales de los ochenta y comienzos de los noventa. Sino de reflejar como las circunstancias les han obligado a re-significarse a partir de sus roles tradicionales de género y a luchar tanto por su grupo familiar como por la subsistencia de sus comunidades.

Existe una amplia bibliografía en torno a la caracterización de las mujeres jefas de hogar⁷, para la presente investigación he utilizado un concepto que incluye diferentes dimensiones:

“La condición de jefa significa, en la mayoría de los casos analizados, que la totalidad de las funciones de producción y reproducción se concentran en la mujer; ella tiene que ser sustento económico, ama de casa y constituirse en el soporte y ejemplo moral de los miembros del hogar”. (Salazar, 1999: 113)

En esta ocasión me parece fundamental aportar la definición dada por una de las mujeres que colaboró en la investigación

7 Algunos ejemplos: Buvinic (1991), Chalita (1992), Gutiérrez (1999), Rico de Alonso (1999).

y que logra agrupar varios elementos mencionados por las demás participantes, nos dice:

“Ser jefa de mi casa, es trabajar todo el día en lo que caiga, para yo conseguirle sin la ayuda de nadie todo a los niños, su ropita, la comida, un estudio, mejor dicho inventar de todo para que ellos estén bien, pero también es seguir siendo la mamá que hace lo que cualquier mamá debe hacer, cuidarlos, comprenderlos y también aunque para que, ellos me ayudan bastante, es encargarse de que la casa aunque humilde, pues este bien arregladita y limpia, mejor dicho ser jefa es que uno es todo al tiempo, mamá y papá”. (Enesh I., 35 años, empleada doméstica, 4 hijos)

Aunque entre las diferentes familias se daban similitudes especialmente por la violencia estructural y la desigualdad a la que se enfrentan, al profundizar se evidenció que existen muy diversas causas de la jefatura de hogar, así como de estrategias generadas para la supervivencia de estas familias. Requieren especial mención las llamadas jefas económicas; estas mujeres no detentan el poder en su núcleo familiar, pero son responsables al igual que las demás mujeres de todas las labores de producción y reproducción. Ellas están aún más invisibilizadas para la sociedad y la mayoría viven en situaciones críticas a causa de la violencia cotidiana que soportan.

“Yo me encargo de conseguir todo para los niños y la casa, haciendo un trabajito por aquí y otro por allí, porque él todo lo que trabaja se lo toma (bebe)...yo quisiera vivir sola con mis hijos, pero la casita es de los dos y me dice que la tenemos que partir, con lo que me dan no me alcanza ni para un lotecito en el cerro...y yo, ¿para dónde cojo con mis niños?, por eso me toca aguantarlo” (Luz M., 31 años, empleada doméstica, 3 hijos/as)

Abrir espacios donde se piensen a sí mismas permite entender cómo se reinventan frente a los roles tradicionales de género en los cuales han sido socializadas, más aun teniendo en cuenta el contexto fuertemente patriarcal en el que se desarrolla su vida cotidiana. Si analizamos por ejemplo la definición de jefas dada por muchas de ellas, observamos que los roles de género están fuertemente diferenciados, así como el espacio público y el privado.

Aun siendo ellas las que día a día proporcionan el sustento para sus familias, tienen interiorizada la idea de que su lugar está en casa, con los niños y en las labores domésticas y que ha de ser el compañero quien supla esas necesidades materiales. Una de las consecuencias directas de dicha contradicción está en que muchas

de ellas tienen hijos/as de diferentes relaciones, se quedan embarazadas con la esperanza de encontrar un compañero que se ajuste al imaginario idealizado de una pareja y por el contrario acaban complicando más su situación con un nuevo embarazo.

Al dialogar con algunas de estas mujeres se evidencia como el hecho de ostentar el papel de jefas del hogar, no implica que en sus imaginarios se perciban a sí mismas como tales, lo que dificulta que auto-valoren de forma suficiente la complicada tarea que desarrollan. Esa contradicción interna que experimentan podemos explicarla a partir de la colonialidad del género desarrollada por María Lugones (2007), esta autora plantea como la dicotomización del mundo moderno/colonial tiene su origen en la colonización de las Américas con la imposición de la idea de lo humano (hombres blancos, occidentales, heterosexuales, burgueses y civilizados y sus mujeres reproductoras, puras y pasivas a su servicio) y no-humano (hombres y mujeres indígenas y negros, animales de carga y trabajo, salvajes e incontrolables sexualmente).

Esta idea permea la sociedad a todos los niveles: “La imposición de estas categorías dicotómicas quedó entretrejida con la historicidad de las relaciones, incluyendo las relaciones íntimas” (Lugones, 2011: 106). A partir de aquí queda también establecido el modelo de familia y la función específica de las personas que la integran, el cual permanece intacto una vez se da la descolonización.

Esto se produce porque durante la colonización se da la destrucción violenta de las formas tradicionales de organización social de los pueblos colonizados. No quiero decir con esto que no existiesen diferencias entre hombres y mujeres, sino que éstas no estaban pensadas en torno a las características biológicas y al binarismo en oposición. A consecuencia esto las relaciones de poder se establecieron de forma diferente, y por tanto, era habitual encontrar mujeres jefas de los clanes, chamanas, curanderas y ancianas consejeras de sus comunidades, al igual que hombres. Se pone en evidencia por tanto que la imposición de roles de género marcadamente diferenciados, despojó a la mujer de estas capacidades y la inutilizó para la vida pública, algo a lo que una vez descolonizados los territorios, los hombres en uso de su poder no estaban dispuestos a abandonar.

Es así como en sociedades como la colombiana, donde el sesgo patriarcal está fuertemente arraigado, la idea de la familia monomarental ha chocado durante años con el imaginario social. La consecuencia directa ha sido su invisibilidad en las políticas

estatales que se puede ver reflejada, por ejemplo, en la imposibilidad de acceder a créditos, títulos de propiedad, programas de restitución de tierras, etc. Situación que se ha ido transformando paulatinamente, especialmente en los últimos veinte años a causa de la transformación interna de la sociedad. Obligando al Estado a la implementación de leyes y medidas acordes a una realidad que nos muestra que la familia nuclear biparental ya no es el único modelo de forma de convivencia.

Por el contrario, a nivel de imaginarios sociales donde interviene directamente la colonialidad del ser (Maldonado-Torres, 2007) -dimensión intersubjetiva de las relaciones de poder- estas estructuras y jerarquías están tan profundamente naturalizadas, que ser mujer cabeza de familia llega a constituirse en una humillación. Se acusa a la mujer de faltar a la moral o de ser incapaz de conservar un compañero estable. Así las sociedades han inferiorizado y aislado a estas mujeres y sus hijos/as. Esa invisibilización aumenta la posición de vulnerabilidad pues limita el acceso a los recursos básicos necesarios para el normal desarrollo de estos grupos familiares.

Aunque no son las únicas, las principales causas de monomarentalidad en Colombia son: el madresolterismo y la viudez. En relación al primero, aunque está más extendido entre los sectores de mayor pobreza, es visto como un reflejo de falta de educación o un fenómeno único de los estratos sociales bajos; esta idea preconcebida es errónea, ya que es un fenómeno que se da en todas las clases sociales y cada vez con mayor frecuencia entre mujeres emancipadas, con altos niveles de formación que optan por la maternidad sin un compañero. Esta causa es una de las más habituales y estudiadas, por lo que no profundizaremos aquí en ella.

La viudez, en cambio, requiere especial atención ya que en Colombia se da un fenómeno denominado sobre mortalidad masculina a causa de la violencia generada por el conflicto social, político y armado que vive el país, cuya consecuencia más visible es el desplazamiento forzado, especialmente, desde las zonas rurales a las urbanas; por esta razón, es tan alto el porcentaje de mujeres y menores que se desplazan (78% de las personas desplazadas). Como lo mencioné al comienzo de esta ponencia, mis preguntas no iban en esta dirección, pero al acercarme a esas realidades ocultas y diferentes a la mía choqué con la cruda realidad de ver como el conflicto desarraiga, trunca y pone en riesgo la sostenibilidad de nuestra propia sociedad. Por esta razón decidí incluir un apartado específico en relación a las familias monoparentales desplazadas.

Independientemente de las causas que han generado la monomarentalidad, cuando a causa de la violencia estructural una mujer se ve abocada a salir de los patrones culturalmente impuestos y modificar la forma en que desempeña los roles que le han sido asignados culturalmente, entra en conflicto con su identidad obligándole a resignificarse y a partir de ahí buscar las estrategias necesarias para adaptar esos roles tradicionales de género a su nueva realidad. Para esto es necesario que se enfrente a las representaciones sociales que la vinculan de forma naturalizada con el trabajo doméstico y los hijos.

A pesar de que esas rupturas se realizan en el terreno de lo práctico, en el simbólico permanecen arraigadas. Una de las causas que impiden esa transformación en sus imaginarios, son las limitaciones que impone la pobreza estructural y la falta de oportunidades de formación adecuada para acceder al mercado laboral formal, que les obliga a buscar actividades remuneradas que son una extensión de sus tareas domésticas. Aun siendo trabajos remunerados -otorgándoles la posibilidad de emanciparse y ser en la mayoría de los casos la única sustentadora de su familia-, estos oficios de la domesticidad están socialmente infravalorados, a pesar de su importancia para el sostenimiento del sistema capitalista/patriarcal, el cual sería inviable sin el trabajo reproductivo realizado por las mujeres.

Si realizamos una lectura de la situación de los hogares monomarentales en torno únicamente a indicadores económicos, encontraremos que son considerados más pobres en cuanto a ingresos (CEPAL, 2004) pero esta percepción varía en función de la definición de pobreza con la que trabajemos y esto es fundamental para comprender algunas de las contradicciones que teóricamente pueden generar estas familias. En este sentido, es muy importante la aportación realizada por el Nobel de Economía Amartya Sen que nos plantea la pobreza "como la privación de capacidades básicas y no meramente como la falta de ingresos, que es el criterio habitual con el que se identifica" (Sen, 2000: 114). Sus planteamientos dan más relevancia a las capacidades de las personas y a la utilización de los recursos de que disponen para tener una vida digna.

Hago énfasis en este punto porque durante la investigación se puso de manifiesto que los recursos económicos obtenidos por las mujeres eran destinados en su totalidad a cubrir las necesidades básicas de la familia -lo que no sucede en todos los casos con

la presencia de un hombre como cabeza de familia-, por tanto, en ocasiones aunque los ingresos de las familias nucleares puedan ser más elevados a la larga, las condiciones de vida pueden ser peores. Al respecto el Banco Mundial nos dice:

“La disposición de las mujeres para gastar sus ingresos en alimentación, salud y educación para sus hijos permite considerar que la inversión en proyectos que beneficien a las mujeres tendrá mayor repercusión para contrarrestar los efectos de la pobreza” (The World Bank, 1990).

Pero esa búsqueda de bienestar para su grupo familiar no pasa únicamente por una mejora en la calidad de vida a nivel material. Las estrategias desarrolladas por estas mujeres son más integrales, ya que hay una especial preocupación por el acceso a la educación y a la salud, siendo ésta una de las principales razones que les llaman a vincularse activamente a organizaciones en el ámbito comunitario que les permitan trabajar de forma colectiva en la consecución de sus derechos básicos.

Contrario a lo que se planeó durante muchos años incluso desde las ciencias sociales hegemónicas, el problema de los hogares con una mujer a la cabeza no es la disfuncionalidad de la familia o la falta de una figura masculina. El verdadero problema, es la violencia de tipo estructural que les constriñe en todos los sentidos de la vida, ya que les excluye de la toma de decisiones sociales y políticas que contribuyan a una redistribución más equitativa de la riqueza, a un acceso igualitario al mercado laboral, a la formación académica, a las condiciones adecuadas para la conciliación entre la vida laboral y familiar, entre otros muchos aspectos.

Por tanto, contrario al imaginario social en torno a estos hogares, la ruptura de la transmisión intergeneracional de la pobreza es más factible en ellos, ya que existe un gran interés de las madres por ofrecer oportunidades que permitan a sus hijas/os escapar de la pobreza que ellas han sufrido, las resistencias al respecto se dan a nivel estructural. En este sentido el caso más representativo es el de Emilia, ahora con 60 años recuerda lo que tuvo que pasar para sacar adelante a sus hijos e hijas, todos/as terminaron el bachillerato y dos fueron a la universidad. Ellos/as ahora no le ayudan y ella se dedica a vender refrescos en las playas de Santa Marta, pero dice que no le importa, está orgullosa de lo que consiguió.

“En esa época yo me remendaba hasta las pantaletas (bragas) para no gastar y poder ir ahorrando poquito a poco hasta

que completaba lo del semestre". (Emilia M., 60 años, empleada doméstica y vendedora ambulante, 5hijos/as)

Cuando me refiero a que los mayores obstáculos de estas familias son estructurales, es necesario hablar de la informalidad del mercado laboral. En Colombia, actualmente, aproximadamente un 80% de los nuevos empleos se generan en este sector. Ello es debido, principalmente, a la precarización de la calidad de vida que han traído consigo la liberalización descontrolada del mercado, la reducción de la inversión social y la privatización de los servicios básicos, como salud y educación. Todo ello ha dejado a la parte de la población más pobre, entre ella los hogares monomarentales, totalmente desprotegida y con condiciones de vida paupérrimas.

El sector informal en el que se insertan estas mujeres ya sean empleadas domésticas, vendedoras ambulantes (de refrescos o alimentos preparados por ellas en casa), o prestadoras de servicios (guías turísticas, masajistas, peluqueras) se caracteriza por la precariedad, los bajos salarios, las largas jornadas, la imposibilidad de reclamar derechos laborales, imposibilidad de acceso a la seguridad social, el riesgo de abusos y explotación. A pesar de todo esto, es el sector laboral con mayor presencia de mujeres jefas de hogar por varias razones: la baja cualificación requerida, la posibilidad de adaptar los tiempos a los de sus familias, la posibilidad de trabajar desde casa cuando hay niñas/os en etapas tempranas de desarrollo. Desafortunadamente éste también permite el acceso de niños/as y adolescentes, un fenómeno habitual y extendido en los sectores más empobrecidos de la población a causa de la necesidad de que más personas del grupo familiar obtengan ingresos para contribuir a cubrir las necesidades básicas. En el caso específico de las familias con las que se realizó el estudio un 15% de los menores realizaba algún tipo de trabajo.

"Ahora imagínate, ponte a pensar que yo me levanto como a las 4:00am para dejar hecho lo del almuerzo y el desayuno de los niños, salgo de aquí a trabajar a las 6:00am, de ahí salgo a la una y vengo corriendo, me baño, y cojo para allá a la otra casa y de ahí salgo a las 6:00pm, ese es un día agotador para mí, y aquí me acuesto a pensar que no hay para el otro día, que tengo que llevar una libreta, que tengo que llevar un lápiz, los pasajes de los grandes...". (Gimena O., 55 años, empleada doméstica, 3 hijos)

La inserción de estas mujeres en el sector informal de la economía ha creado la necesidad para estas familias de un soporte de

relación más extenso. Es decir, surge la necesidad de crear redes de ayuda de diversa índole; unas familiares (cuidado de los niños, preparación de alimentos) y otras vecinales consistentes en la colaboración para la solución de problemas individuales y comunitarios como por ejemplo, el mejoramiento del espacio donde viven.

La manipulación de una serie de valores morales sobreentendidos y de normas ideales ligadas al parentesco impuestas desde la colonización, delimitaron simbólicamente universos de relación y muy especialmente determinaron cómo se ejercía el poder en la esfera privada. Con la ausencia del hombre como cabeza de hogar, estas construcciones simbólicas varían, en ese caso la autoridad la tienen las madres que han iniciado procesos de redistribución más equitativa de las responsabilidades y de la autoridad. Redistribución que realizan tomando en cuenta las edades de los/as hijos/as o de otros/as miembros/as del grupo familiar, vivan o no en la misma unidad doméstica. En la mayor parte de los casos las hermanas y hermanos mayores tienen a su cargo el cuidado de los/as más pequeños/as, la supervisión de sus deberes escolares y, en muchos casos, la preparación de los alimentos, lavado de la ropa; adaptando así los tradicionales roles familiares a las nuevas condiciones de vida. A pesar de esa mayor redistribución del trabajo familiar, las jornadas de trabajo de estas madres suelen estar entre las doce y dieciséis horas diarias.

“Mis hijos mayores ayudan con los arreglos de la casa, le han organizado la pintura y otras cositas, los fines de semana que yo trabajo hasta tarde ellos me tienen la comida cuando llego y ya se lavan su ropa, es que no importa que sean hombres a ellos también hay que enseñarles a que lo ayuden a uno”. (Blanca C., 46 años, vendedora ambulante, 4 hijos)

Todas estas modificaciones de la forma en la que se redistribuyen tareas al interior del hogar o la democratización en la toma de decisiones, la valoración positiva en relación a la autonomía especialmente de las hijas, así como una sustancial disminución de la violencia intrafamiliar; son, en sí mismas, modificaciones en el ejercicio del poder. Suponen procesos de resistencia interna y de re-significación no solo de los roles tradicionales, sino de ruptura frente a la idea de la disfuncionalidad de estas familias. Contribuyendo a decolonizar los imaginarios programados durante los procesos de socialización –en hombres y mujeres– como mecanismos para el sostenimiento y reproducción de las estructuras de dominación tradicionales.

Con independencia del grado de conciencia que estas mujeres tienen de los cambios sociales que están generando, se pone de manifiesto, que el poder gestionar y organizar sus tiempos, la forma en que coordinan las labores de todas las personas en la unidad familiar y la autonomía en la gestión de los recursos, sí que modifica la forma de relacionarse con sus familias y, en muchos casos, la visión que tienen de sí mismas. Ellas tienen tan interiorizada la dicotomía de los roles de género que asumen que ahora hacen “sus cosas” y tienen que hacer “cosas de hombres”, sin ser conscientes de que incluso esas cosas que perciben masculinizadas no las realizan del modo en que ellos lo harían, las realizan desde las estrategias que desarrollan a partir de sus propios procesos de socialización como mujeres.

Por supuesto, hay que matizar que esto varía en relación al motivo que ha generado la organización de la familia monoparental. Si hay historias previas de violencia o abandono, se da un proceso inconsciente de empoderamiento de estas mujeres y sus hijos/as. Por el contrario, si la causa es la viudez o desaparición forzada del cónyuge, estas mujeres que no pretendían rupturas familiares, truncan los roles tradicionales o estar solas con sus hijos, se han visto forzadas a hacerlo. Acarreando como consecuencia una percepción negativa del nuevo rol que han de asumir. En el caso de las familias desplazadas por el conflicto armado, su situación se ve agravada por el hecho de que se enfrentan a situaciones específicas en relación a la violencia que han experimentado y que les ha obligado a abandonar la vida tal y como la conocían.

3. Triple discriminación a causa del desplazamiento forzado

Para entender las causas del conflicto social, político y armado colombiano no voy a remitirme a los innumerables textos que han hablado en torno a éste, nos aproximaremos a ellas a través de la mirada parcial de las mujeres que hacemos parte de esta investigación. Significa para nosotras que:

“Algunas de las principales causas del conflicto se derivan básicamente de un problema de redistribución y tenencia de la tierra, especialmente a campesinos, indígenas y afrodescendientes, se les mata y se les desplaza por el control de los territorios. Hoy, más del 50% de la tierra productiva en el país está en manos de un 1,1% de la población y dicha tenencia ha sido legitimada a través de la violencia. Otra de las causas fundamentales está en

la clase política que sustenta sus privilegios sobre la desigualdad y la pobreza de la mayoría. Esta lógica de nuestros gobernantes ha contribuido al aumento de la violencia, al crecimiento de la deuda externa y a la permisividad frente a la intervención extranjera en nuestros asuntos internos, hipotecándonos por varias generaciones y frenando posibles cambios hacia la paz y la libertad. El conflicto nace en buena medida por la necesidad de acabar con esa forma oligárquica de poder, surge con las luchas de los pueblos originarios y las comunidades campesinas por conservar sus territorios frente al embate de los capitales extranjeros y la monopolización de los recursos que, con los años, ha generado un incremento en las desigualdades sociales, así como el aumento de la población en condiciones de pobreza.” (Extracto Narrativa Híbrida Decolonial 1).

Las mujeres desplazadas por la violencia casi en su totalidad provenientes de zonas rurales, viven una situación de triple discriminación: como *mujeres* en una sociedad patriarcal donde no siempre son bien vistos los nuevos roles que han asumido; como *migrantes/desplazadas*, son ignoradas y no cuentan con garantías de subsistencia en los lugares de llegada; y como *pobres* hacen parte de un creciente sector de la sociedad que por su descontento y cada vez mayor movilización social, es percibido como una amenaza.

Este grupo de mujeres no puede ser percibido del mismo modo que el resto de la población pobre. Si tomamos en cuenta a Sen (2000) cuando nos habla de la importancia no del ingreso sino de la calidad de vida, debemos tener en cuenta que estas familias contaban habitualmente con la capacidad del auto sustento a través de las labores en el campo y los productos que la tierra les brindaba. Son campesinas y al desplazarse de un entorno rural a uno urbano, se ven desprovistas de las herramientas y conocimientos adecuados para sobrevivir en dicho medio, haciendo aún más precaria su situación por lo cual requieren atención especial por parte del Estado, una atención que es insuficiente y que ignora en muchas ocasiones que son víctimas de violaciones a los Derechos Humanos.

“Pues yo si le cuento, que a mí me dio muy duro eso de tener que salir de la finquita, porque yo si ayudaba en el campo y con los animalitos, pero estaba en mi casa y no necesitaba nada más de lo que tenía, yo con poquito estaba contenta, no tenía que trabajar para nadie y mi marido conseguía platica con lo que bajaba al

mercado...pero como toco dejar todo tirado y salir corriendo...aquí toco llegar a hacer cualquier cosa para comer" (Emilia M., 60 años, empleada doméstica y vendedora ambulante, 5hijos/as)

De igual forma no podemos olvidar que estas mujeres han vivido una serie de eventos traumáticos por parte de los actores armados, violaciones, esclavitud sexual y doméstica, tortura, persecución y asesinato de una o más personas de su unidad familiar, pérdida de su territorio y vivienda, amenazas y expulsión de sus lugares de origen. Por tanto, requieren atención a nivel económico, y no menos importante asistencia psicológica y jurídica. Entendemos, por tanto, la violencia contra las mujeres como una expresión de dominación de los hombres que ocasiona la reproducción de discursos y la criminalización de prácticas, facilitando que se perpetúen los modelos de dominación patriarcal, consolidando una imagen colectiva de la mujer como víctima y no como actora en los procesos de construcción de la paz y mantenimiento del tejido social.

Por tanto, estas mujeres son constantemente re victimizadas en la búsqueda de una respuesta por parte del Estado que al ser, corresponsable de la violencia que han padecido -muchas de ellas son directamente víctimas de crímenes de Estado-.. Pero no son ellas quienes se perciben a sí mismas como víctimas, se perciben mejor como sobrevivientes⁸. Estas mujeres dejan de ser víctimas y devienen en sujetas activas que se movilizan por su supervivencia y la de sus comunidades. A fin de mantener el tejido social asumen roles múltiples: productivo / reproductivo / comunitario.

"Muchas mujeres en Colombia somos de asociaciones y/o organizaciones de mujeres, estamos luchando en medio del conflicto y de todas las amenazas, seguimos adelante, solo pedimos que nos dejen vivir, a nosotras y a nuestras familias, a nuestros hijos e hijas, o pidiendo que nos los devuelvan, no nos detenemos frente a eso, seguimos fuertes y luchando a pesar del miedo." (María, cabeza de familia, exiliada política, 2 hijos)

Se constituyen por tanto, no solo en el sostén económico de sus familias sino que se movilizan por la supervivencia de sus comunidades como tales, y cuando se ven obligadas a desplazarse son promotoras activas en los procesos de recuperación del territorio y del mantenimiento de la memoria colectiva como herramienta para la búsqueda de justicia y reparación frente a los

⁸ Con el término sobrevivientes hago referencia a la definición que hacían ellas de sí mismas durante las entrevistas.

hechos violentos. Son ante todo, pacifistas que proponen métodos y acciones alternativas de transformación, llevando a generar pensamientos originales y discursos propios, *decoloniales*.

Uno de los principales elementos a destacar dentro de sus procesos de resistencia, es su capacidad de resistir a la guerra, de hacerle frente desde la vía pacífica, alejadas de las armas y desde su identidad de género, transformando de forma simbólica diferentes elementos de su cotidianidad como referentes en la resistencia. En palabras de Cockburn, realizan a través de su cotidianidad:

“la deconstrucción del simbolismo dominante de violencia y guerra y su sustitución por un nuevo lenguaje visual y textual, y por rituales creativos y otras prácticas que recuperan lo que las mujeres trajeron al mundo...se trata de indagar y recuperar el conocimiento femenino que ha sido subordinado, silenciado y enterrado” (Cockburn, 2007:233-234).

Detrás de esas prácticas está la lucha constante por recuperar un país viable para sus hijas e hijos, donde no se vean obligados/as a ir a la guerra o sufran en sus vidas las consecuencias de la misma. Es la necesidad de ofrecerles un futuro de momento incierto y de educarles en valores de justicia y no violencia, pero sin renunciar a sus derechos y a sus territorios. Son esas luchas diarias las que dan sentido a sus vidas al margen de la cruda realidad que viven en su cotidianidad.

4. Consideraciones finales

La necesaria transformación de las representaciones insertas en nuestros imaginarios sociales en relación a las familias monomarentales, ha de realizarse desde la lectura positiva de lo encontrado al interior de estos grupos familiares y su día a día. Es fundamental por tanto que cuestionemos preceptos tan generalizados como el de la debilidad y vulnerabilidad de las mujeres y en especial de las mujeres cabeza de familia. Investigaciones como ésta desvelan la inexistencia de tal debilidad y pone de manifiesto que la vulnerabilidad que se da es de origen puramente estructural y no de género.

Las estrategias que estas mujeres generan para transformar las vidas de sus hijos e hijas, son de carácter integral, por tanto no dan relevancia exclusivamente a los aspectos materiales, otorgan igual importancia a la socialización de sus hijas/os. Entre las estrategias de orden económico tenemos: la inserción en el sector informal de la economía, el trabajo remunerado de más

de una de las personas que integran el grupo familiar, compartir vivienda entre varios grupos familiares a fin de dividir gastos y distribuir las labores domésticas y de cuidado, destinar todos los recursos económicos obtenidos para satisfacer las necesidades básicas, entre otras.

En relación con la socialización y la gestión de las relaciones de poder al interior de las familias, algunas de las más relevantes son: la redistribución más equitativa de las labores domésticas, el cuidado de menores por parte de hermanos/as mayores, proporcionar igualdad de oportunidades en el acceso a la educación a las hijas y los hijos, democratización en la toma de decisiones que afectan a todo el grupo familiar y fortalecimiento de la imagen positiva de la autonomía de la mujer, entre otras. Mejorando por tanto su calidad de vida, no únicamente en términos de recursos económicos sino de capacidades y oportunidades.

Estas familias tienen capacidad para generar procesos de transformación social, ya que se constituyen en espacios de socialización más igualitarios y menos violentos, contribuyendo directamente en la formación de las nuevas generaciones que trabajen por un país en paz.

A pesar de las dificultades y del desgaste físico y emocional que sacar adelante a sus familias tiene sobre estas mujeres, la viabilidad de estos grupos familiares no puede seguir siendo puesta en tela de juicio, cuando se constituye en la forma de organización social con mayor crecimiento en las últimas décadas. Estas familias no son vulnerables por tener solo a la madre, sino por la violencia estructural que el propio sistema ejerce sobre ellas.

Es fundamental volver a mencionar como a pesar de la triple discriminación – como mujeres, desplazadas y pobres- soportada por las mujeres cabeza de hogar a causa de la violencia del conflicto, se constituyen actualmente en la base sobre la que se hila el tejido social colombiano; desde el rechazo a la guerra, la lucha por la recuperación del campo y su condena a la violencia de todos los actores armados. Son ellas las transmisoras de la memoria histórica de un país roto que se mantiene unido gracias a las redes de resistencia social y comunitaria generadas por ellas.

5. Bibliografía

Balash M.; Montenegro, M. (2003). "Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas". En Gómez, L. (Ed.). *Encuentros en*

Psicología Social, 1 (3): pp.44-48.

Buvinic, M. (1991). *La vulnerabilidad de los hogares con jefatura femenina: preguntas y opciones de política para América Latina y El Caribe*. Santiago de Chile: CEPAL. Abril.

Castro-Gómez, S. (2007). "Decolonizar la universidad. La hybris del punto cero y el diálogo de saberes". En Castro-Gómez, S.; Grosfoguel, R. (Eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Iesco-Pensar-Siglo del Hombre Editores. pp. 79-91.

CEPAL (2004). *Entender la pobreza desde la perspectiva de género*. Serie Mujer y Desarrollo N° 52. Unidad Mujer y Desarrollo. Santiago de Chile: CEPAL. http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/5/14_795/lcl2063e.pdf

Chalita Ortiz, P. (1992). "Sobrevivencia en la ciudad: una conceptualización de las unidades domésticas encabezadas por mujeres en América Latina". En: Massolo, A. (Ed.). *Mujeres y ciudades: participación social, vivienda y vida cotidiana*. México: El Colegio de México.

Cockburn, C. [2007 (2009)]. *Mujeres ante la guerra*. Barcelona: Icaria/Antrazyt.

Curiel, O. (2007). Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista. *Nómadas* (26): pp. 92-101.

Dussel, E. (2000). "Europa, modernidad y eurocentrismo". En: Lander, E. (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO. Pp. 41-53.

Grosfoguel, R. (2007). "Diálogos decoloniales con Ramón Grosfoguel: transmodernizar los feminismos". Entrevista realizada por Doris Lamos Canavate. *Tabula Rasa*. (7). Pp. 323-340.

Grosfoguel, R. (2006). "La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales. Transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global". *Tabula Rasa*. (4). Pp. 17-48.

Haraway, D. (1995). "Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial". *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra. pp. 313-346.

Lander, E. (Ed.) (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso.

Lugones, M. (2007). "Heterosexualism and the colonial/mo-

dern gender system". *Hypatia* 22 (1). Pp. 186–209.

Lugones, M. (2011). "Heterosexualidad y sistema de género Moderno/Colonial". *La manzana de la discordia*, Julio - Diciembre, 6 (2): 105-119

Maldonado-Torres, N. (2007). "Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto". En: Castro-Gómez, S.; Grosfoguel, R (Eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: lesco-Pensar-Siglo del Hombre Editores. Pp. 127-167.

Mignolo, W. (2003). *Historias locales/diseños globales: colonialidad, conocimientos*

Subalternos y pensamiento fronterizo. Madrid: Akal.

Mohanty, C. T. (1984). "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses". *Boundary*, N°2, vol. 12/13 (3/1). Pp. 333-358.

Quijano, A. (2002). "El regreso al futuro y las cuestiones de conocimiento". En: Catherine Wash, Freya Schiwy y Santiago Castro- Gómez (eds.), *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino*. Quito: Abya-Yala-Universidad Andina Simón Bolívar. Pp. 45-60.

Quijano, A. (2000). "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En: Lander, E. (Ed.), *La Colonialidad del saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Caracas: CLACSO. Pp. 201-245.

Rico de Alonso, A.; Gómez, E. I.; López, N.; Castillo, O.; Alonso, J.C.; Galindo, C; Castillo, S. (1999). *Jefatura, informalidad y supervivencia: mujeres urbanas en Colombia*. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Javegraf.

Restrepo, E.; Rojas, A. (2010). *Inflexión decolonial: Fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Popayán: Ed. Universidad del Cauca.

Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona, Ed. Planeta.

Walsh, C. (2005). *Pensamiento crítico y matriz colonial*. Quito: Abya-Yala-Universidad Andina Simón Bolívar.